



Celestino, Sr. VERA

Cuadro I.

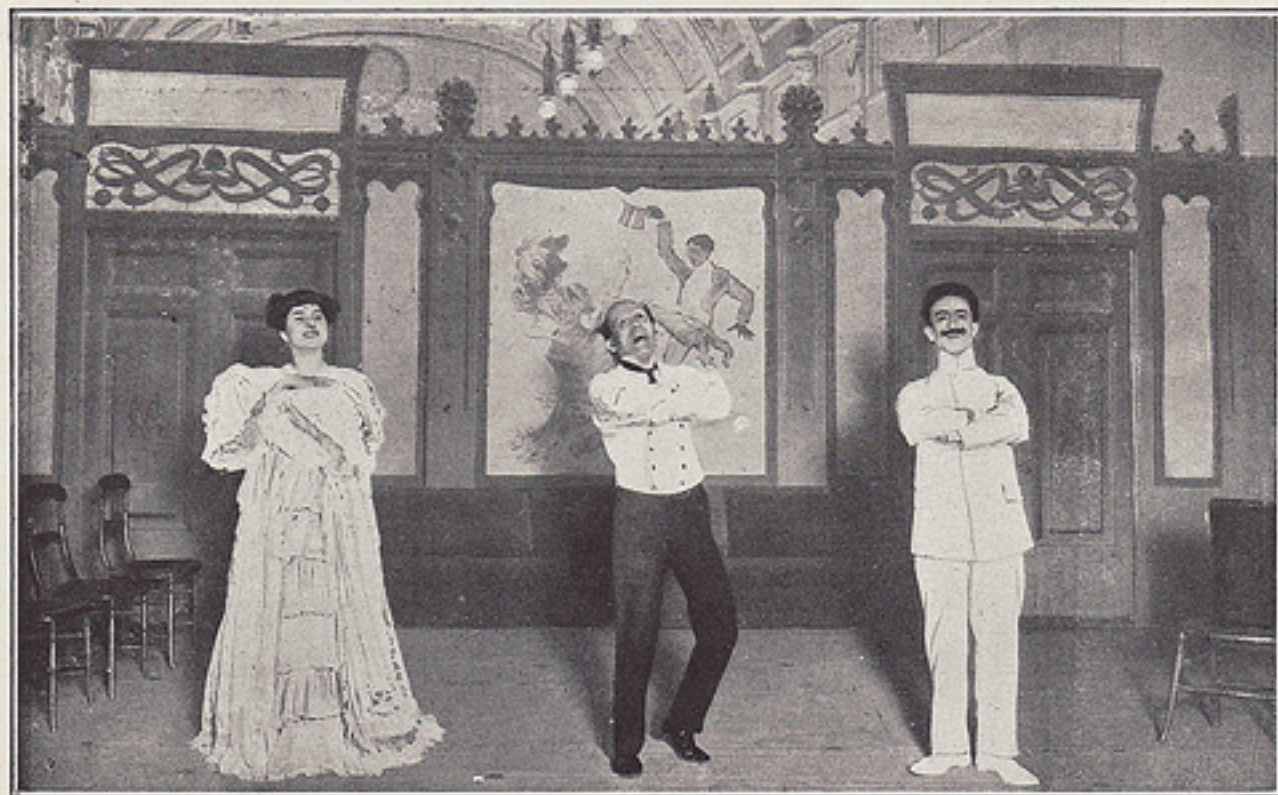
Belén, Sra. FONS

EL GUANTE AMARILLO

Humorada lírica en un acto, dividido en tres cuadros, original y en prosa de los señores D. José Jackson Veyán y D. Jacinto Capella, música de los maestros Jiménez y Vives, estrenada en el teatro Cómico.

Los críticos de altura no debían reseñar los estrenos del Cómico ni mucho menos hacer la disección de la obra preparando el escarpelo como si se pretendiese siquiera dar proporciones de «monumento literario» a lo que se escribe — puestos los ojos en el mayor ingreso — con el solo propósito de entretener al espectador, quien fuera injusto si se llamara a engaño, pues que allí se le brinda

tan sólo y de antemano, con la plasticidad de unas bellas formas femeniles expuestas entre luces, colores, chistes de «tirabuzón» y pocas, muy pocas varas de preciosas telas. «La ración de vista» está aderezada con su sal y pimienta; *chotines* y tangos de *voluptuosismo* máximo y exóticas danzas de *ricolitis* supina. Bueno, ¿y qué? Esto es lo que se busca: el dorado sueño del autor y el móvil que hubo de



Cuadro II.

Belén, Srta. FONS

D. Serapio, Sr. GAMERO

Mr. Gruyère, Sr. DEL VALLE

impelir al público a gastarse su dinero. Dígase en buen hora — y muy bien proclamado — que el Cómico no es lo más a propósito para hallar en el teatro ni «escuela de las costumbres ni cátedra de enseñanza», afirmando desde luego que no es precisamente a Capellanes adonde el abuelo debe llevar a su nieta recién salida del colegio; pero aplicar el mismo procedimiento para hablar en la prensa de Tallaví interpretando *Los espectros* y de Julia Fons dándole *massage* a Verita, es como si se pretendiera descubrir en las nubes plantas tropicales.

¿Que algunas veces las «situaciones» son... tremendas? ¿Que el chiste es de grueso calibre? Pero si al público le sabe a mieles (por qué no seguir interceptándole la garganta con los granos de esa sal? Ya se encargan los *morenos* de rechazar aquella que les parece sosa ó en malas condiciones. Además, esto de las groserías y «cosas» pícaras que se oyen en el Cómico, ha llegado a tomar fuerza de tópico, ocurriendo que en muchas ocasiones el público se encarga de suplir ó de ir más allá de la intención del autor, advirtiendo una frase de doble sentido en donde no existe otra cosa que aquello que se escucha, dicho con toda claridad: «Buenos días», exclama un personaje. «Muy buenos los tenga usted», contesta el interpelado. Y suele ocurrir que algún ciudadano del «madapolín sensible», que asiste al Cómico con su camarada completamente decidido a oír cosas atroces, prorrumpe en carcajadas ó *patea furiosamente*,

según que le haya ó no le haya hecho gracia la *barbaridad* que se acaba de decir. De esto hay mucho en la segunda casa del *trust*.

Cuanto españoles asoman las narices por el extranjero, sobre todo si van a París, regresan encantados hablándonos de una porción de maravillas que existen «en los grandes centros de población», y no cesan de clamar porque debemos *européizarlos*. A lo mejor, todas esas «maravillas» las tenemos en casa, pero el turista al volver de su excursión experimenta la necesidad de decir que España es tan sólo una sucursal del Vaticano, y que aquí únicamente podemos ver a

Maura, hablándonos entonces de lo que se divirtieron por esos mundos. Se nos cuenta que asistían a los *cafés-concerts* y a diez teatrillos que no son otra cosa que el Cómico «vertido al francés», como Capellanes es aquel mismo espectáculo arreglado a la escena española.

Prescindiendo de la moralidad, el género que se cultiva en el Cómico es un género teatral como otro cualquiera, que tiene su público, sus aficionados entusiastas como los tiene la ópera ó el verso dramático. ¿Que los primeros no tienen sentimiento artístico y sólo poseen un gusto chabacano? Bueno. La santa libertad requiere que haya de todo. Al cronista le parece de perlas que sin salir de Madrid pueda asistir al teatro un día para oír a la Barrientos cantar *La sonámbula*, y otro para ver las cadencias de unas mujeres guapas al bailar la *grand croquet*.



Belén, Srta. FONS

D. Serapio, Sr. GAMERO



Cuadro III.

Las luchadoras Srta. Revilla, Sánchez Jiménez y Andrés.

«Don Prudencio Pinto» diciéndole que no puede ir a tomar la primera lección de baile por encontrarse enfermo.

Descubre «Mr. Gruyère» la superchería, y pregunta a «Don Serapio» qué hace en su casa, contestándole el viejo que ha venido a velar por su honra. Entonces sale «Celestino» de su escondite. A «Mr. Gruyère» le duele la cabeza con todas estas cosas, y como se acerca la hora en que el deber profesional le llama, se marcha, no sin dejar encerrados en su casa a «Don Serapio» y a «Celestino».

En el cuadro tercero nos encontramos en la gruta fantástica del hotel de «D. Serapio». «Doña Perpetua» y «Juanita» hacen los honores de la fiesta, y se extrañan de que «Don Serapio» y «Celestino» hayan faltado en una noche como aquella. Por fin aparecen el dueño de la guantería y su dependiente, que vienen hechos una calamidad, habiendo podido escapar de su encierro sabe Dios cómo. Dicen, como pretexto, que han estado apagando un fuego, y después saben, con terror, que los artistas invitados a la fiesta son «Belén» y su esposo.

Marchause «Don Serapio» y «Celestino»,

«huyendo de la quema», y «Belén», acompañada de «Mr. Gruyère», canta unos *couplets* rojos, como el traje de la bella cantora, la graciosaísima Julita.

Aparecen el dependiente y su amo. «Gruyère» les quiere pegar, pero «Belén» le aplaca diciéndole que todo aquello era «puramente convencional», hasta que, todo arreglado, claro es que «Celestino» y «Juanita» se casan, adelantándose la Fons a la batería para decir, en una cuarteta *jacksoniana*, que se acabó *El guante amarillo*.

Y no «pasa» más sino que en unos cuadros vivos que se hacen en las últimas escenas, la Sánchez Jiménez, la Andrés y la Revilla están «para comérselas» en traje de luchadoras romanas.

El guante amarillo ha sido puesto en escena con mucho lujo, aplaudiéndose de veras las decoraciones del maestro Muriel, que en estos últimos tiempos coadyuva de modo principal a los grandes éxitos.

En suma, una obra más, que como *El arte de ser bonita*, llevará a los tres ó cuatro cientos de representaciones.

Enrique Sá del Rey



Cuadro III.

Mr. Gruyère, Sr. DEL VALLE Belén, Srta. FONS

Fots. Alfonso.

No hay que dudarlo. Paladines del asendereado género sicalíptico que se cultiva en el Cómico, figuran en la primera línea Jackson Veyán y su colaborador Jacinto Capella. Hartos de ganar dinero con *La gatita blanca*, quieren ahitarse más con *El guante amarillo*. La nueva obra tiene todas las de la ley para que gustara, como de veras gustó, a los asiduos admiradores de las tiples (?) del Cómico: decorado lujoso, bailarinas á granel, intencionados *duetos* y los indispensables *couplets* cantados y bailados con toda la monería de la gentil Sra. Fons. Por cierto que la música de este número es preciosa, denunciando en sus autores á los famosos maestros que supieron hacer partituras como la de *Bohemios* y *El káiser de la guardia*.

¿Qué pasa en *El guante amarillo*? Por el argumento de la obra, ya sabemos que Jackson y Capella no habrán pretendido un sillón

que ha venido antes, y que, en efecto, es artista de género infimo. «Don Serapio» se entusiasma al oír estas noticias, y pide á «Celestino» las señas del domicilio de su amiga, porque ahora quiere cortar de raíz aquellas relaciones.

Cuadro segundo. Telón corto. Estamos en casa de la *coupletista* «Belén», que, con su marido, «Mr. Gruyère», tiene establecida una academia de baile.

«Doña Perpetua» y «Juanita» han ido á la academia con objeto de contratar los artistas para una fiesta en la gruta del hotel. «Monsieur Gruyère» les dice que si quieren ver bailar la *grand croquet*, un *primor de sicalíptimo* todo lo más agudo posible.

En esto, se van «Doña Perpetua» y «Juanita», y entra «Celestino», que pretende convencer á «Belén» de que tenga «un lío» con él, aun-



Cuadro II.

El baile de la „grand croquet“.

en la Academia. Y por la forma literaria tampoco merecen la poltrona. En *El guante amarillo* sólo pasan «cosas» para dar ocasión en el cuadro primero — una guantería de lujo — á que «Belén» (Julia Fons) y «Celestino» (Hilario Vera) canten un dúo graciosísimo, en el que ella, de parroquiana, y él, de hostera, al probar unos guantes, digan *cosas* al compás de la música.

Antes de este dúo nos enteramos de que «Don Serapio» (señor Gamero) y «Doña Perpetua» (Sra. Train) son los dueños de la guantería, y que, además de tener una hija, «Juanita» (Sra. Manso), tienen un hotel en las afueras de Madrid, con una gruta fantástica, en donde se celebran animadas fiestas, á las que concurren muchos artistas.

«Celestino», el dependiente de la guantería, parece de amores por la hija de su principal, que tiene la extraordinaria manía de no dar á su hija en matrimonio más que á aquel hombre que tenga «un lío», que sea calavera y aturrido, y no al simplón de su dependiente.

No queriendo éste renunciar al amor de la muchacha, decide inventar que está en relaciones con una bella bailarina, y no encontrando otro nombre á mano se acuerda de «Belén», la parroquiana

que sea de «mentirijillas», porque si no su futuro suegro le niega la mano de su hija, y se queda él sin la guantería. «Belén» se resiste, y primero increpa al atrevido, pero después acaba por prestarse á la superchería. Llega «Don Serapio» y se esconde «Celestino». El viejo se entusiasma con la artista, y le pregunta muy afable que cómo conoció á «Celestino», pidiéndole que le relate el proceso de sus relaciones amorosas.

La chica no se hace de rogar, y en un dúo altamente cómico, y altamente también subido de color, cuenta «Belén» á «Don Serapio» cómo en «La Villa P», y comiendo langostinos, sucumbió á los halagos del doncel.

Se presenta en escena «Mr. Gruyère», y su mujer le presenta á «Don Serapio» como un señor — «Don Prudencio Pinto» — que desea aprender el baile inglés. Y claro es que no podía faltar el correspondiente golpe de bailecito, que por cierto ejecutan á la perfección Julia Fons y «Mr. Gruyère» (Sr. Del Valle).

Al terminar la lección se marcha «Belén», y al quedar solos «Mr. Gruyère» y «Don Serapio», recibe el primero una carta de